

**HOMILÍA IIº DOMINGO DE ADVIENTO – 2010
CICLO “A”**

En el **domingo primero** de Adviento, descubrimos que **Jesús está muy cerca** de cada uno de nosotros, y que Él viene de forma humilde a todos. Abrámosle las puertas de nuestra alma y acojámosle.

En este **segundo domingo** de Adviento, la Iglesia nos llama y nos invita a **convertirnos al Señor**: “convertíos porque está cerca el reino de los cielos”. Volvamos al Señor de todo corazón

El tiempo de Adviento nos recuerda

“El Padre, por su inmenso amor hacia nosotros, pecadores, nos envió a su Hijo único para liberarnos de la tiranía y del poder del demonio, invitarnos al cielo e introducirnos en lo más profundo de los misterios de su reino, manifestarnos la verdad, enseñarnos la honestidad de costumbres, comunicarnos el germen de las virtudes, enriquecernos con los tesoros de su gracia y hacernos sus hijos adoptivos y herederos de la vida eterna.

“La Iglesia desea vivamente hacernos comprender que así como Cristo vino una vez al mundo en la carne, de la misma manera está dispuesto a volver en cualquier momento, para habitar espiritualmente en nuestra alma con la abundancia de sus gracias, si nosotros, por nuestra parte, quitamos todo obstáculo” (S. Carlos Borromeo. Cartas pastorales).

Hermosas palabras de S. Carlos que nos ayudan a vivir el Adviento cristiano que es “tiempo favorable, día de la salvación, de la paz y de la reconciliación”.

Si queremos celebrar de forma adecuada el Adviento cristiano, abramos el corazón a Cristo en quien tenemos la salvación y pidamos perdón de nuestros pecados en el sacramento de la Confesión.

Si deseamos que este tiempo sea para nosotros tiempo de gracia, despojémonos de las obras de iniquidad. Es hora de florecer en frutos de vida cristiana y de santidad.

Si anhelamos que llegue la paz a los pueblos que viven en guerras, a las familias que viven en violencia, construyamos la civilización del amor y del respeto sagrado a todo ser humano, a toda vida humana.

Si aspiramos a que todos los hombres y mujeres se reconcilien formando una gran familia, derribemos los muros que nos separan y nos distancian, démonos las manos para vivir y trabajar unidos al servicio de un mundo más fraterno, más humano, más conforme con los designios de Dios. Encendamos un nuevo cirio de la corona de Adviento como signo de nuestro caminar hacia la Navidad. Jesús nos ilumina.

No dejemos que este tiempo litúrgico pase de largo de nosotros. Prestemos atención a lo que el Espíritu Santo nos dice a cada uno de nosotros aquí y ahora.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

1.- Las Lecturas

*** Profeta Isaías 11,1-10.** Esta lectura nos muestra al Mesías que es descendiente de Jesé, el padre de David. Sobre el Mesías reposará el Espíritu del Señor y traerá la paz y la justicia a todos los pueblos de la tierra. Acojamos al Mesías y esa paz y justicia que tanto necesitamos.

*** Salmo Responsorial 71.** Es uno de los salmos mesiánicos más claros ya que proclama y canta la coronación del rey y su entronización, así como la obra que realizará: la implantación de la salvación de Dios. Aclamemos con la Iglesia al Mesías prometido que ya está cerca de nosotros.

*** Carta de san Pablo a los Romanos 15,4-9.** San Pablo nos exhorta a que imitemos el comportamiento de Dios que nos acoge y nos perdona. Acojamos con paciencia y amemos con fidelidad a todos como los acoge y ama Dios. Nuestro mundo está necesitado de mucha paz y acogida, de mucho amor y compasión, de mucho amor y misericordia, de mucha libertad y justicia.

*** Evangelio según san Mateo 3,1-12.** San Mateo nos presenta a San Juan Bautista: es un profeta que lleva una vida austera y que vive en el desierto, lugar de prueba y de gloria. Juan Bautista nos llama a todos a la conversión ante la llegada de Jesús que nos trae la salvación de Dios.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- “Convertíos...preparad el camino del Señor”

¿Qué debemos hacer durante estas semanas del tiempo litúrgico de Adviento para preparar la Navidad?

San Juan Bautista nos lo dice con palabras claras: “convertíos porque el Reino de los cielos está cerca...Preparad el camino del Señor,

rectificad sus sendas”. Esta conversión es “aventar la parva”, es decir, seleccionar o elegir; “reunir el trigo”, es decir, ir a lo esencial; y “quemar la paja”, es decir, tirar lo inútil y lo que nos hace daño a nosotros y a los demás.

Esta es la llamada que nos hace el Señor por medio de la Iglesia a todos y a cada uno. ¿Nos vamos a limitar o conformar con cosas externas, novedosas, que pasan? o ¿Vamos a aceptar cambiar nuestros corazones, nuestras vidas, nuestros comportamientos...ante la llegada del Señor?

Superemos cualquier signo de autosuficiencia que haya en nosotros ya que nos impide ver nuestras limitaciones, debilidades, pecados.

Pidamos al Señor que nos perdone los pecados y nos dé la gracia de la conversión. Por eso es necesario abrirnos a la acción del Espíritu Santo que puede iluminarnos en este camino de conversión, de purificación...y ayudarnos a recorrerlo hasta el final.

Nuestra conversión ha de ser una marcha personal sincera y verdadera que nos lleve a reconocer, nombrar y señalar nuestros pecados para confesarlos en el sacramento del perdón.

Nuestra conversión ha de conducirnos a renovar nuestros criterios, nuestras actitudes, nuestros sentimientos y nuestros afectos para que sean cada día más semejantes a los de Jesucristo: “tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Jesús” (Fil.2,6); “tened la mentalidad de Cristo Jesús” (San Pablo).

Nuestra conversión implica ponernos en estado de justicia: defendiendo al pobre y al marginado, y viviendo en paz con Dios, con los otros, con la naturaleza. Es también cercanía de Dios, acogida del necesitado y servicio del Señor.

2.2.- Las obras del convertido

El Señor nos ha llamado y elegido “para que vayamos y demos frutos y nuestro fruto dure”.

Nuestra conversión ha de llevarnos a dar frutos de verdad y de libertad, de gracia y de santidad, de paz y de vida, de acogida y de perdón. “Ninguno de nosotros debería caer en la trampa de pensar en la unión de Europa olvidando que sus raíces se hunden en una fe que ha alimentado durante siglos la convivencia y el progreso de pueblos distintos” (Mons. R. Fisichella).

No sembremos nunca en los surcos del corazón humano y de la historia el odio y la violencia, la mentira y la hipocresía, la iniquidad y la muerte, el rechazo y la maldad. Esta siembra hace daño.

Contemplemos a Jesús de quien San Pedro dijo: “pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él” (Hech.10,38). Imitemos a Jesús pasando por este mundo haciendo el

bien a manos llenas, curando a los enfermos, dando esperanza a los desesperanzados, alentando a los pusilánimes, dando la mano al que está caído en la cuneta de la vida, apoyando la familia, defendiendo la vida humana desde el momento de la concepción hasta el fin natural de la misma. No seamos como aquel árbol que estaba seco y no tenía frutos. Y menos aún, nunca demos frutos de pecado, de iniquidad, de muerte...

Ahora bien, para dar frutos buenos es necesario estar unidos a Jesucristo ya que Él nos dijo: “sin Mí nada podéis hacer. El sarmiento que está separado de la cepa no puede dar fruto”. San Pablo nos ha comunicado su propia experiencia religiosa con estas palabras: “todo lo puedo en Aquel que me conforta”; “todo es posible para el que cree”.

¿Qué frutos estás dando ahora en tu vida?

¿Estos frutos son frutos de santidad, de vida...?

3.- De la palabra a la Eucaristía

En las lecturas de la Misa se nos ha anunciado al Mesías. En la Eucaristía se nos ofrece el Mesías. La Eucaristía realiza ya nuestra esperanza: Jesucristo. La Eucaristía, además, es promesa y signo de lo que esperamos: ser llenados de la gloria del Señor para siempre.

4.- De la Eucaristía a la Misión

Quienes participamos hoy en la Eucaristía recibimos la misión de sembrar en este mundo los valores del Reino de Dios: la paz, la justicia, la misericordia, la compasión, la solidaridad, el amor.... Llevemos nuestras manos llenas de la buena semilla del Reino para entregarla a los demás con generosidad y alegría...

Terminamos. Unidos en la plegaria.

Cáceres, 29 de noviembre de 2010

Florentino Muñoz Muñoz